

EDEN

Nos expulsaron del Paraíso, un lugar descrito primero por los sumerios (para quienes Tiamat, diosa con forma de serpiente, creó el mundo en 7 días y Enki con su costilla creó a su compañera Ninti), un huerto de vegetación frondosa, con agua en el que no hay que trabajar para obtener el sustento, con comida cuando se tiene hambre, no hay fieras, ni enfermedades, ni peligros, ni enemigos,... ni siquiera muerte. Se nos ocurrió hacer caso a la serpiente y tomar el fruto del Árbol del Bien y del Mal, y los valores morales nos indicaron que la desnudez era mala,... así nos castigaron a ganar el pan con el sudor. Hoy, con las medidas de prevención de riesgos laborales, ni eso.

Prueba de nuestro ascenso progresivo a la divinidad, tal vez por el afán de demostrarnos que Dios no tenía razón cuando nos castigó, es que si bien debemos trabajar y todos nos morimos, para conseguir el nivel subsistencial del Paraíso, tenemos todas las necesidades cubiertas: mejor o peor, aunque sea en un albergue de indigentes, en la mayoría de los países no hay hambre, el agua sale de los grifos, ropa para toda condición climática, calefacción y aire acondicionado, no hay peligro inminente de ser violado, asesinado o secuestrado, los lobos no nos persiguen, disponemos de hospitales y medicinas,... e incluso no es imprescindible trabajar para conseguir todo esto. Hay parados, pensionistas, rentistas, amas de casa sin hijos, ninis, liberados sindicales, frailes,... y hasta funcionarios y catedráticos. No llegamos al nivel de los musulmanes, que además disponen de 40 vírgenes, pero eso no es demasiado compatible sin trabajar y sin peligro, pero mientras no nos muramos, hemos conseguido para la mayoría estar mejor que Adán, Lilith y Eva en el Paraíso. Ellos no tenían circos ni cines, transportes, libros, aire acondicionado, smartphones, ni iban de vacaciones a la Playa, copas y conciertos. Tenían una renta básica, pero nada más. Solo Lilith, como todos nosotros, sabía volar y como ella, preferimos nuestro propio Paraíso.

Hasta sabemos crear mundos alternativos, realidades virtuales o políticas. Sabemos crear nuevos animales y plantas, predecir modestamente el futuro. Sabemos utilizar el fuego y la rueda. No nos gusta vivir en el Paraíso, no por morir o por no tener a disposición las vírgenes, o saber tocar la lira y afinar sin estudiar solfeo, sino porqué deseamos a la vez socializarnos y que sea exclusivo. Nuestra infelicidad en el Paraíso, es porqué nos comparamos con otros que tienen otro nivel, aparentemente mejor. No hay Paraíso si otros también lo tienen, si no estamos mejor que los demás. Tal vez es que no tradujimos bien a Dios o que había más frutas en el árbol: la envidia, no la sabiduría, que no hace daño a nadie. No nos basta vivir en el Paraíso, sino que los demás estén fuera. Ya quisiera Adán abrir un grifo y que saliera agua caliente con olor a eucalipto, o la nevera y el microondas para calentar un plato precocinado de libre elección, probar una delicatessen con maridaje de vino, o levantar la mano y que parara un taxi, o ir de crucero por Dubai, o pillarse un colocón de algo, o leer frente a la chimenea a todos los amargados que escriben. Eva no estuvo nunca, que se sepa, en una sesión de wellness con spa.

En ninguna era de la Historia de la Humanidad hemos vivido tantos tan bien durante tanto tiempo (no todos, pero cada vez más se suben al carro). No había generación que no viviera una guerra y plaga serias. Un rey o un papa de hace pocos siglos, apenas un suspiro, tenía peor calidad de vida que la mayoría de nosotros (a menudo con caries, almorranas, enfermedades venéreas, tuberculosis y gota, pendiente de ser envenenado o herido en una batalla, de la que podía salir con gangrena y sin pierna, a pelo, sin anestesia). Ni siquiera las mujeres tienen que sufrir el castigo divino de parir sin dolor, o el humano de ser violadas en cada incursión. Vivimos sin estar cubiertos de barro y estiércol. No sabemos lo que tenemos. No sabemos lo que queremos. Lo queremos todo y lo queremos ya, pero por querer más que los demás nos quedamos sin poder volver a entrar ahora, en vida, en un Edén mucho mejor que

el prometido tras la muerte. La promesa del Cielo es parca, peor que la suerte o premio de vivir y lo peor que nos puede suceder es dejar de vivir, en el mejor de los casos para volver o en el peor, no estando peor que antes.

Tal vez vivir sean unas vacaciones a lo grande que ganan las ánimas que mejor se han portado en el Cielo, y al morir debemos volver a la cruda y aburrida realidad de cantar con los demás ángeles insoportables loas y otros coñazos en el Paraíso de la igualdad y transparencia. Unas vacaciones o un curso de formación o de reciclaje o de actualización, con aventuras, desengaños, frustraciones, curiosidad y sorpresas, en un parque de atracciones que han puesto en este planeta para pasar unos días diferentes en la intimidad, con libertad. Creyendo reírnos de los dioses alcanzando por nosotros mismos un Paraíso mejor que el suyo, ellos se ríen de nosotros con el cambio, la muerte y la diversidad.

Queremos a la vez estar en el Paraíso, que todos los demás tengan su Paraíso, pero que el suyo no sea mejor que el nuestro, ni que entren en el nuestro sin invitación, pero no sentirnos aislados. Todo, además con reconocimiento social de los demás hacia nosotros, sin que puedan entrar sin nuestra autorización pero que entren tantos como deseemos (presuponiendo que los demás querrán nuestra compañía). Es más complicado que lo de las 40 vírgenes sin trabajar y en armonía. El Paraíso no era para tanto: necesidades básicas cubiertas en soledad. Hoy en los países civilizados, hay un ministerio o una dirección general para evitar estos casos y la tasa de suicidios crece en esa población. El Paraíso Comunista casi consiguió el Infierno de la igualdad en las necesidades básicas cubiertas, pero trabajando. Caín y Abel nacieron después de que exilaran a sus padres, que si hubieran nacido en el Paraíso, al tener que compartirlo y ser de diversa generación que sus padres, lo hubieran convertido en un Purgatorio.

Supongamos que se generaliza la renta básica, junto con la sanidad, educación y alquiler de vivienda públicas, esto es tener una calidad de vida incluso mejor que la de Adán y Eva, sin trabajar. Nos echaremos al monte para exigir conectividad de banda ancha y ordenador gratis. Supongamos que nos los ofrecen. Reclamaremos vacaciones pagadas, vehículo propio, ropa de moda,... Supongamos que los dan. Querremos tener un novio o una novia tan guapos, inteligentes y agradables como los de nuestros amigos..., y ser amados y aplaudidos por nuestras manías y defectos. Acabaremos reclamando el derecho fundamental a ser deseados y queridos, a ser guapos, jóvenes y altos, a tener yate con mantenimiento y muelle subvencionados, porque otros lo tienen. No puede haber Paraíso sin igualdad, esto es sin diversidad ni intimidad, pero si hay diversidad, edad y libertad, no hay igualdad. No solo real, sino además aparente.